

ALIANZA INTER MONASTERIOS

Un espejo de la vida monástica para hoy

Reflexiones del Equipo Internacional de la AIM
sobre los desafíos actuales de la vida monástica



Contenido

Introducción	3
Reflexiones generales sobre el mundo y la vida monástica actual	5
1) Comunidad	9
2) Liderazgo	12
3) Formación	15
4) Vocación	18
5) Trabajo	21
6) Estabilidad económica y financiera	24
7) El lugar del monasterio en la Iglesia local y en la sociedad	27
Conclusión	31

Un espejo de la vida monástica para hoy

Reflexiones del Equipo Internacional de la AIM
sobre los desafíos actuales de la vida monástica

Introducción

Este breve documento es el resultado de conversaciones informales entre los miembros del Equipo Internacional de la AIM, dirigido por su presidente, el padre Jean-Pierre Longeat. Las reflexiones reunidas aquí se presentan para fomentar el diálogo en el seno de cualquier comunidad, grande o pequeña, de todos los continentes y en las más diversas circunstancias. En él se abordan los desafíos que enfrenta hoy el monacato benedictino. Quizás algo de lo que decimos puede no reflejar, al menos en parte, la situación en su país o región, en su comunidad o congregación. Sin embargo, esperamos que pueda servir para discernir el camino por el cual Dios nos está llevando hoy con la inspiración del Espíritu Santo, y el llamado de Cristo a seguirlo al estilo de san Benito. Proponemos estas reflexiones con humildad, como un trampolín para avanzar, sabiendo que otros están trabajando en los mismos temas y realidades.

El amor de Dios está en el corazón de la vida monástica. Dios nos llama porque nos ama, y nosotros le respondemos por amor. Es este amor el que arde en nuestro corazón y nos permite ser fieles y perseverar en el monasterio hasta la muerte. El amor de Dios nos ha reunido y nos ha llamado a formar una comunidad en la cual poner en práctica nuestros votos benedictinos, buscando a Dios, dando nuestra vida por Él y por nuestros hermanos. Conscientes que Dios es amor, todo es posible para aquellos que lo aman.

Para discernir mejor a lo que Dios nos está llamando hoy, articularemos nuestra reflexión en torno a siete temas, no excluyentes el uno del otro, sino mas bien interconectados e íntimamente relacionados. Cada comunidad podrá adaptar estos temas a su realidad y a su situación particular.

1. Comunidad: construir la vida comunitaria y vivirla plenamente.
2. Liderazgo: formación y preparación de los responsables de las comunidades monásticas.
3. Formación: formación inicial, formación continua, formación de formadores.
4. Vocación: discernimiento y apoyo de las vocaciones monásticas.
5. Trabajo: elección de un trabajo monástico adecuado y desarrollo de una ética del trabajo seria.
6. Estabilidad económica: convertirse en una comunidad financieramente viable, pasando de la dependencia a la autonomía.
7. Relación entre el monasterio y el mundo: separación e inmersión.

Habría otros temas de discusión como, por ejemplo, los valores monásticos tradicionales y su lugar en la vida monástica hoy. Sin embargo, están reflejados algunos de estos aspectos en estos siete temas.



Reflexiones generales sobre el mundo y la vida monástica actual

Los benedictinos y los cistercienses de todo el mundo comparten con nosotros los mismos puntos de vista sobre los desafíos que enfrentamos hoy. El colapso de la religión como institución, el aumento del individualismo y del relativismo, han impulsado a muchas personas a abandonar toda práctica religiosa. Esto ha afectado particularmente al cristianismo y al catolicismo en el mundo occidental. Ese espíritu se extiende hoy en todos los continentes.

Otro fenómeno ha sido la rápida disminución de la tasa de natalidad en todo el mundo. Las familias son más pequeñas con menos hijos. La vida monástica tradicional, y la Iglesia católica en general, prosperaba en el medio de familias numerosas, tanto ricas como pobres, que alentaban a sus hijos a abrazar el estado clerical o religioso. A veces también era un medio de ascender en la escala social o de educación. El acceso la educación para todos, especialmente para las

mujeres, ha hecho innecesario entrar en la vida religiosa para emprender una carrera en el sector de la enseñanza, de la atención de salud y otros sectores profesionales.

El desarrollo de las comunicaciones sociales desde principios del siglo XX y los rápidos avances de la tecnología de los medios de comunicación en el siglo XXI, así como la revolución sexual en todas las sociedades – con la excepción de las más tradicionales – han hecho que los jóvenes se sientan libres de las restricciones del pasado. La iglesia y la parroquia ya no son como antes el centro de la vida de las comunidades cristianas, organizando actividades como música, deporte, teatro, danza, los grupos de debate. Para la mayoría de la gente, la pertenencia a una parroquia o a una iglesia ya no parece relevante.

Globalmente la fuente de la que manaban las vocaciones se ha reducido enormemente. En muchos países, las comunidades están envejeciendo y su número disminuyendo; algunas de ellas incluso han desaparecido. Evidentemente, existen notorias diferencias entre continentes y países; algunas comunidades experimentan una vida y un vigor renovados. Naturalmente, hay signos de esperanza, a veces canalizados hacia nuevos movimientos o nuevas congregaciones religiosas. Algunos son de naturaleza monástica, otros han integrado algunos elementos de vida monástica.

Según el misionólogo holandés Herbert Kraemer, el problema no es que la Iglesia viva tiempos difíciles. El problema es que hemos olvidado que la Iglesia siempre ha vivido en tiempos difíciles. Es importante considerar los desafíos del presente como un don de Dios para hoy. No nos consternemos ni nos desanimemos ante la precariedad y la fragilidad que afligen a nuestras comunidades; vivamos mas bien de la fe en Jesucristo, con la fuerza del Espíritu. Todo tiempo tiene que afrontar sus desafíos; en todo tiempo el Señor dice

a su Iglesia— y a nosotros que vivimos la vida monástica— lo que decía a san Pablo: “Mi gracia te basta”. ¡No nos desanimemos, no nos rindamos! La vida monástica es desde el principio y siempre será un acto de fe en Dios que nos llama a buscarlo, siguiendo el camino del Evangelio según la enseñanza de san Benito.

Sin embargo, existe un marcado contraste entre ésta época y la precedente. En muchos sentidos, nuestro tiempo parece muy posterior al período marcado por una revitalización de la vida monástica (desde mediados del siglo XIX hasta el concilio Vaticano II). A lo largo de este período, la Iglesia Católica, y el monacato en particular, estaban en sintonía con movimientos sociales más amplios (neo-medievalismo, respuestas comunitarias a la industrialización, necesidad de encontrar un sentido a la vida después de los horrores de las dos guerras mundiales). El número de vocaciones fue entonces mayor que nunca desde los orígenes del monaquismo, cuando “el desierto se convirtió en una ciudad”. De repente perdimos la sincronización con la sociedad. Es un hecho: aunque la Iglesia siempre ha enfrentado dificultades, hemos pasado sin transición de una época que tenía relativamente pocos problemas manifiestos- el triunfalismo de la Iglesia es quizás el mayor problema -a una época en que los problemas son numerosos y evidentes. Nuestra percepción de la crisis se centra en la rápida disminución del número de vocaciones. Lo consideramos un desafío personal porque necesitamos vocaciones, no sólo para mantener nuestras instituciones, sino también como validación de nuestra propia elección de vida. Es un fenómeno natural considerar que el pasado reciente es más extenso. Una perspectiva histórica más amplia ofrecería una visión más realista y una mayor confianza en el valor de nuestras vidas, aunque evidentemente no resolvería ninguno de los problemas actuales. ¿No ha llegado el momento de

centrarse en la calidad de las vocaciones y no en su cantidad?
y sobre todo ¿en la calidad de nuestra vida comunitaria?

Posibles preguntas para el debate:

- a) A nuestro juicio, ¿qué desafíos afectan actualmente a nuestra comunidad? Y ¿qué estamos haciendo para responder a estos desafíos?
- b) ¿Estamos construyendo planes para el futuro? o ¿simplemente estamos reaccionando al presente con cierta nostalgia del pasado?
- c) ¿Somos capaces de identificar los “signos de los tiempos”?



1) Comunidad

Dios creó seres humanos para la vida familiar y comunitaria, para vivir y trabajar juntos, y para continuar la obra iniciada por Él. Llamó a Israel para hacer de él su pueblo e hizo alianza con él. Jesús llamó a sus discípulos a ser el nuevo Israel de Dios, la Iglesia. Los discípulos de Jesús debían ser piedras vivas, constituyendo el Cuerpo de Cristo. La primera comunidad cristiana de Jerusalén es el modelo de la vida monástica: todo se ponía en común y los discípulos eran fieles a la enseñanza de los Apóstoles (*didache*), en la comunión (*koinonia*), en la fracción del pan y en las oraciones (Ech 2, 42). La vida comunitaria es central para la Iglesia, como también para la tradición monástica. San Benito trata de la vida cenobítica, palabra tradicional para presentar el monasterio como un *coenobium*, describiendo precisamente el tipo de vida de quienes lo habitan.

Mientras que muchos de los valores y costumbres de la vida familiar y comunitaria tradicional se pierden hoy en

día en la sociedad, desapareciendo incluso en los países y las religiones más tradicionales, existe un fuerte deseo de redescubrir esta realidad. ¿lo encontramos en nuestras comunidades monásticas? Existe un peligro real que se introduzcan en nuestras comunidades ideales y comportamientos que son hoy muy comunes en el mundo exterior. Podemos fácilmente convertirnos en un grupo de individuos que viven bajo el mismo techo, sin compartir un mismo estilo de vida e ideales. Es urgente alimentar y construir una verdadera comunidad en nuestros monasterios, profundizando en la realidad de una auténtica comunión. La *conversatio morum* sólo puede florecer en una comunidad verdadera, es decir, donde hay estabilidad. Tenemos que aprender la importancia de la escucha, del respeto, de la acogida, de la compasión y del amor casto hacia nuestros hermanos y hermanas, así como hacia nuestros huéspedes y vecinos. Es importante creer que, a partir de nuestra profesión, la comunidad se ha convertido en nuestra verdadera familia; los lazos de sangre han pasado a segundo lugar.

La verdadera pregunta es cómo distinguir entre un grupo de individuos y una comunidad real. ¿Dónde se sitúa el equilibrio entre el individuo y la colectividad, que da una comprensión más clara de nuestras expectativas y aspiraciones? Independientemente de las dificultades que atraviese una comunidad, es vital dar testimonio ante los jóvenes y los posibles candidatos, de la gozosa esperanza y la profunda felicidad intrínsecas de la vida monástica.

Un problema particular que afecta a las comunidades masculinas es la clericalización; los monjes se convierten en clérigos y los postulantes entran para convertirse en sacerdotes en lugar de monjes. Esta situación se agrava aún más cuando el monasterio hace más hincapié en la formación sacerdotal que en la monástica.

Posibles preguntas para el debate:

- a) ¿Cuáles son los grandes peligros que hoy afectan la vida comunitaria en mi monasterio? ¿Podemos nombrarlos? ¿Qué medidas prácticas pueden adoptarse para responder a estos?
- b) ¿Cómo crear una sana atmósfera de caridad fraterna en nuestra comunidad? ¿Qué aspectos de la vida descrita en la Regla de San Benito o en las Constituciones faltan? ¿Cómo remediarlo?
- c) ¿Existe una verdadera “cultura monástica” en mi comunidad? ¿Tenemos una visión común? ¿Estamos conscientes que un líder, por excelente que sea, no puede hacer nada si no tenemos una visión común?



2) Liderazgo

El liderazgo es hoy uno de los ámbitos más difíciles para la vida religiosa; sin embargo, es indispensable para el desarrollo y la mantención de una buena vida comunitaria en el seno de nuestros monasterios. Muchas comunidades luchan hoy por elegir y mantener a un buen superior ¿Es factible una comunidad que es incapaz de generar a su superior?

San Benito nos dice que el abad ocupa el lugar de Cristo en una comunidad, que enseña con la palabra y con el ejemplo, que es intérprete de la Regla y del Evangelio para su comunidad. Acompañará y animará a la comunidad; será padre y madre, hermano mayor y compañero en el camino de la vida. No tendrá favoritos, tratará a cada miembro de la comunidad con justicia y moderación, buscando siempre lo mejor para él. Un abad debe saber compartir su autoridad con otros monjes y convertirse en el líder de un equipo. Debe ser capaz de trabajar con los demás miembros de su comunidad, con el prior, su segundo, con el maestro de novicios

o formador, con el ecónomo o tesorero, con el enfermero, el hospedero, el portero y los otros encargados del monasterio. Lo que dice san Benito del abad vale para todo superior monástico.

Debemos esforzarnos por formar y preparar a los futuros líderes de la comunidad en todas las esferas de la vida común. Los monasterios, las congregaciones y las órdenes deben dedicar todos los recursos necesarios para este fin. Todos los monjes deben recibir una sólida formación. Si no tenemos buenos dirigentes, bien preparados para su tarea, nuestras comunidades fracasarán y se desmoronarán. Al mismo tiempo, las comunidades deben aprender a ayudar y sostener a su superior, reconociendo que todos somos frágiles y que tenemos necesidad de afecto por parte de nuestros hermanos. Es importante elegir a un superior que posea las necesarias sabiduría y profundidad espiritual.

Sin duda hay un equilibrio entre el reconocimiento y la preparación de los futuros dirigentes y la necesidad que una comunidad lleve a cabo un verdadero proceso electoral, para que pueda elegir libremente a su superior en el momento oportuno. Esto significa que todos los hermanos en formación y todos los miembros de la comunidad deben ser considerados como posibles futuros superiores. En ningún caso podrá designarse a un hombre, a una mujer en particular, como sucesor del superior.

Posibles preguntas para el debate:

- a) Mi comunidad ¿atrae a candidatos que podrían ser futuros líderes? Y si no es así ¿por qué?
- b) ¿Reciben quienes se están formando, una formación y una preparación adecuados para asumir puestos de responsabilidad en la comunidad?
- c) ¿Cuáles son las deficiencias en nuestra preparación para la elección de un superior y en nuestra forma de apoyar a nuestro superior una vez elegido
- d) ¿Tratamos de ver a Cristo en nuestro abad y en cada uno de nuestros hermanos? ¿Reconozco yo a Cristo en mí mismo?



3) Formación

No son suficientes un buen liderazgo y formadores bien preparados para garantizar una adecuada formación en el monasterio. Por su modo de vida, la corrección de su comportamiento, su compromiso con el ideal de vida monástica y, sobre todo, su oración, es la comunidad en su conjunto por naturaleza la primera formadora. También es importante subrayar que todos, desde nuestra entrada en la vida monástica hasta nuestra muerte, somos responsables de nuestra propia formación, por nuestro modo de dedicarnos a la oración, a la lectura, al estudio, al trabajo y a la vida comunitaria. Ninguna comunidad puede sobrevivir sin un programa de formación serio, sostenido por el esfuerzo sincero de cada uno de los miembros para vivir fielmente su vocación cenobítica. El mal ejemplo de unos pocos puede destruir la cohesión de todo un grupo. No olvidemos que un monasterio es una “escuela del servicio del Señor” y un foco de evangelización, tanto para sus miembros como para sus huéspedes y vecinos.

Es necesario un proceso de discernimiento práctico y posible en cada etapa de la formación monástica, desde el primer contacto del postulante hasta su profesión solemne, e incluso más allá. Quizás no seamos lo suficientemente minuciosos en el discernimiento de los postulantes. Se requiere un certificado de antecedentes penales y algún tipo de evaluación psicológica de la aptitud del postulante antes de su ingreso. También es necesario establecer una política de costumbres muy rigurosa para evitar la repetición de escándalos pasados y actuales. Es preciso formar a los postulantes para vivir en el celibato y ayudarles a practicar la castidad cristiana. Debemos sobresalir en la práctica del Evangelio. Sólo Cristo debe estar en el centro de nuestra vida. Los postulantes deben iniciarse en el arte de vivir monástico y aprender a construir la comunidad en un espíritu de interdependencia entre sus miembros. Deberían hacerse progresivamente responsables de su nueva comunidad o familia monástica.

Todo postulante, masculino o femenino, deberá emprender un sólido programa de estudios filosóficos y teológicos, se prepare o no para el sacerdocio. Esto viene a sumarse a todos los estudios superiores considerados deseables, propuestos al postulante para que pueda participar plenamente en el trabajo o en el ministerio de la comunidad. No se debería reparar en gastos y darle prioridad a las inversiones financieras en esta esfera. Pero todo esto sólo tiene sentido si los miembros en formación son permeables a la ética del silencio en la vida monástica, en la que solo puede florecer la oración contemplativa. Los postulantes procedentes de un mundo muy ruidoso y lleno de aparatos tendrán que descubrir el valor y la belleza del silencio, de la soledad con Dios y de la consagración de tiempos sustanciales cada día a la oración y a la lectio. El ejemplo de toda la comunidad es de suma importancia.

Posibles preguntas para el debate:

- a) En mi monasterio, ¿la formación es obra de toda la comunidad?
- b) En mi comunidad o en mi congregación ¿Cómo pueden mejorarse la formación tanto inicial como continua?
- c) ¿Se asignan recursos financieros suficientes para la labor de formación?
- d) ¿Nuestros procesos de discernimiento son suficientemente consistentes? ¿Hemos establecido salvaguardias suficientemente sólidas? ¿Cómo podemos hacerlo mejor?
- e) ¿Es realmente mi comunidad un centro de evangelización? ¿Es Cristo claramente visible en medio de nosotros?



4) Vocación

No hay una vocación emprendida seriamente que sea fácil, ya se trate al matrimonio, al celibato, a la vida religiosa, al sacerdocio o a cualquier otra forma de vocación. La historia de la salvación es una historia de vocación. Dios llama a la creación, a la existencia. Luego llama al ser humano a conocerlo, a amarlo y a servirle, constituyendo familias y comunidades de vida. Llama a los patriarcas, a los jueces, a los reyes y a los profetas a formar y a guiar una nación, y llama a Israel a ser su pueblo, el pueblo de Dios. Jesús continúa la obra de su Padre llamando discípulos, y lo hace todavía, bajo la acción del Espíritu Santo. El Antiguo y el Nuevo Testamento repiten constantemente este mismo mensaje: “No tengáis miedo, yo estoy con vosotros”. Dios no se contenta con llamar a hombres y mujeres a la vida monástica; camina también con ellos por este camino, tomando por guía el Evangelio. Hoy hablamos de una “crisis vocacional”; se trata de una crisis humana, no divina. Dios no ha dejado de

repente de llamar a las personas a una vida de obediencia, de estabilidad y de *conversatio morum*, la vida cenobítica que conduce a la caridad perfecta. Pero las personas ya no son capaces de ayudar a otras en el proceso de escucha, ya sea por miedo, otros intereses, o falta de fe. Sin embargo, la fe es a menudo el resultado del llamado de Dios. Algunas comunidades monásticas, sobre todo en el hemisferio norte, no quieren o no pueden ayudar a quienes buscan discernir el llamado de Dios. Están convencidas de que ya no hay más vocaciones y se han deslizado por un camino sin salida donde esperan el final. Es preciso enseñar a las comunidades a asumir sus responsabilidades para suscitar y alentar las vocaciones.

Hoy es deber de las comunidades monásticas ayudar y acompañar a las personas, jóvenes y no tan jóvenes, a discernir, descubrir y desarrollar su vocación específica, cualquiera que sea. Toda comunidad debe establecer un programa vocacional serio y bien organizado. Este puede ser un nuevo ministerio dentro del mundo monástico, debemos ser proactivos y hacer que la vida monástica sea conocida y comprendida, atractiva y deseable, mostrando claramente que la búsqueda de Dios sigue siendo todavía hoy, una de las propuestas más atractivas en la vida. Puede que no sea la forma monástica tradicional de reunir y alentar a los candidatos, pero debemos aceptar que el mundo ha cambiado radicalmente y que sigue cambiando a un ritmo extremadamente rápido. Hagámonos expertos en comunicación en las redes sociales, para ser conocidos y accesibles, abiertos al diálogo con quien contempla la posibilidad de una vocación monástica. Esta afirmación vale tanto para el mundo en vías de desarrollo como para el resto del mundo. Cabe mencionar la experiencia interesante de algunas comunidades: invitar a personas a vivir con la comunidad por un tiempo limitado, que podrá prorrogarse y, en algunos casos, dar lugar a un

compromiso definitivo. Tenemos el deber de abrir nuestros monasterios a quienes buscan conocer y servir a Dios en la vida monástica. El camino quizás será largo, porque algunas personas que llaman a nuestras puertas no son católicas, a veces incluso no cristianas.

Posibles preguntas para el debate:

- a) ¿En qué pastoral vocacional puede comprometerse mi comunidad? ¿Hay personas formadas en esta tarea?
- b) ¿Recurrimos hoy a las fuentes correctas de las vocaciones? ¿Tenemos al menos contacto con personas en búsqueda? ¿Cómo nos contactamos con los buscadores de Dios?
- c) ¿Qué modelo alternativo de vocación podemos ofrecer en nuestra comunidad, como por ejemplo un compromiso temporal?



5) Trabajo

El trabajo es parte integral de la vida monástica. En realidad, toda nuestra vida es la obra de Dios, *Opus Dei*. San Benito no sólo declara: “La ociosidad es enemiga del alma” o bien “serán verdaderamente monjes si viven del trabajo de sus manos”. También organiza el horario monástico asignando mucho tiempo al trabajo en el desarrollo del día. Concretamente, organiza el Oficio divino, especialmente las Horas Menores, de tal manera que los monjes puedan disfrutar de una jornada de trabajo ininterrumpida. Benito es el primer legislador monástico en tomar el trabajo en serio e incorporarlo en el horario. De hecho, prevé que falten monjes al Oficio, retenidos por los duros trabajos agrícolas necesarios en determinadas estaciones. Sin embargo, debe existir un equilibrio entre oración, trabajo y descanso. Debemos reconocer el valor del trabajo en la construcción y unificación de la comunidad, así como la necesidad de generar ingresos para cubrir los gastos y permitir inversiones en el futuro. La búsqueda

de Dios debe estar en el centro de todas nuestras actividades, y el amor fraterno ser nuestra meta. San Agustín dijo, “la vida monástica es una obra en sí misma”; es verdad, pero no puede en ningún caso servir de excusa para dispensarse del trabajo diario. El capítulo 4 de la Regla, “Los instrumentos de las buenas obras”, podrá servir de orientación en estas materias.

En todo el mundo, la vida está cambiando rápida y drásticamente. La mecanización, la automatización y la digitalización están impactando profundamente en el trabajo, repercutiendo en el trabajo y en la vida monástica. Gran parte de la labor que hemos realizado con eficacia en el pasado ya no es viable, ni en la agricultura, ni en la educación, ni en otros ámbitos. Muchas comunidades tienen dificultades para reemplazar sus trabajos tradicionales por otros alternativos, especialmente con un trabajo que involucre a la mayor parte de la comunidad. Un trabajo común aporta una gran cohesión a una comunidad monástica, pero eso es algo raro hoy. Sin embargo, los monjes tienen diversas habilidades y talentos, y siempre ha habido talleres y artesanos en los monasterios. Lo importante es que cada miembro de la comunidad trabaje duro y bien. Sin embargo, puede existir el riesgo de dedicarse a pasatiempos o de desperdiciar dinero en la experimentación de proyectos poco realistas. Las comunidades deben inculcar en las personas en formación un sentido de responsabilidad en el trabajo, así como la búsqueda de un trabajo financieramente rentable, preservando al mismo tiempo su dimensión creativa y espiritual, inherente en principio a todo trabajo. Además, como enseña san Benito, la responsabilidad por los bienes del monasterio debe ser compartida. Todos deberían participar en las tareas subordinadas que aseguren el buen funcionamiento del monasterio.

Si bien es cierto que los monasterios siempre han sido

beneficiarios de donaciones y legados, no podemos considerarlos como una fuente importante de ingresos. Los monjes deben dedicarse a un trabajo asiduo, para asegurar un ingreso al monasterio y para consolidar su propia dignidad y autoestima. Obligarse y comprometerse en el trabajo suscita el sentido de responsabilidad y de seriedad de la vida, así como un espíritu de desprendimiento y de servicio

Posibles preguntas para el debate:

- a) ¿Permiten nuestro horario y nuestro estilo de vida trabajar un día completo a todos los miembros de la comunidad?
¿Qué tiene que cambiar?
- b) Nuestro trabajo, como nuestra oración, ¿unen a la comunidad en un esfuerzo común? ¿respetamos el trabajo y la contribución de unos y de otros a la vida de la comunidad?
- c) ¿Fomenta nuestro trabajo el individualismo y el orgullo?
o ¿el espíritu de servicio, el respeto mutuo y el sentido de responsabilidad?
- d) ¿Estamos conscientes de la teología del trabajo en la Regla de San Benito? ¿Reconocemos la dimensión espiritual del trabajo como participación en la creación de Dios?



6) Estabilidad económica y financiera

Vivimos en un mundo muy diferente al de san Benito. Sin embargo, para él, los monjes tenían que trabajar para ganarse la vida, sin depender de las donaciones de los ricos y los poderosos. El monasterio debía mantenerse y prestar ayuda a los pobres y necesitados. Una comunidad monástica sólo puede ser viable si, además de contar con responsables y formadores propios, cuenta también con miembros capaces de organizar, apoyar y administrar los bienes de la comunidad. La estabilidad financiera es esencial para el bienestar de una comunidad monástica. Esto implica no solo desarrollar un trabajo monástico que proporcione suficientes ingresos para cubrir las necesidades cotidianas de la comunidad, sino que también para gastos urgentes e inversiones. En las emergencias se debería incluir gastos de salud imprevistos, aunque de preferencia deberían tener un seguro médico para todos los miembros de la comunidad. Las emergencias podrían incluir desastres naturales, ya que algunos daños no están cubiertos

por las pólizas de seguro ordinarias. Considerando que el estilo de vida de la comunidad estará siempre marcado por la frugalidad, la austeridad, y por supuesto, por la fe en la Divina Providencia, será prudente tener reservas para protegerse en los tiempos difíciles, así como para generar ingresos adicionales a la comunidad. Hay que considerar también el cuidado de los enfermos crónicos y de los ancianos de nuestras comunidades, y la posibilidad de proporcionar una pensión adicional a los ingresos ordinarios del monasterio, cuando los miembros ya mayores no puedan trabajar.

Un aspecto importante de la estabilidad financiera es la obligación de trabajar dentro del marco jurídico y financiero del país en que se vive, buscando al mismo tiempo, actuar siempre en forma justa con los empleados contratados en el monasterio. Seremos juzgados por cómo tratamos a nuestros trabajadores. Es importante que cada comunidad cuente con un comité de finanzas o un grupo de administradores, de acuerdo con los requisitos legales, y que las cuentas sean llevadas y auditadas por profesionales. Es fundamental la transparencia en materia financiera. Así como en el monasterio todo es común a todos, según la naturaleza misma de la vida cenobítica, puesto que toda forma de propiedad privada es erradicada, así también el bien común es responsabilidad de todos, en lo concerniente al monasterio y la vida de sus miembros.

La acumulación de riqueza no es saludable para una comunidad monástica, no hay que confundir la seguridad con lo superfluo. Los edificios monásticos, aunque son espaciosos, limpios y que ayudan a elevar el alma a Dios, nunca deberían mostrar opulencia o estar llenos de cosas innecesarias. Los monjes deberían tener a su disposición lo necesario para vivir su vida monástica, es decir, silencio, soledad, libros, una biblioteca y nada más. Una comunidad nunca de-

bería diferenciarse de sus vecinos, por un estilo de vida no ajustado a las personas en cuyo medio vive y trabaja. Nuestro deber es dar testimonio de la pobreza de Cristo.

Un tema que debe abordarse abierta y honestamente son las costumbres y las expectativas en algunas sociedades, en que los miembros de la familia, en particular los hombres, deben contribuir al cuidado de sus padres y hermanos; especialmente cuando son ancianos o tienen mala salud. Esta costumbre no tiene cabida en la vida monástica, por lo que debe abordarse de manera transparente.

Posibles preguntas para el debate:

- a) Todos los hermanos o hermanas ¿Están al corriente del estado financiero de su comunidad? ¿Se trata de una responsabilidad compartida? ¿Están informados del estado de las cuentas mensuales?
- b) ¿Están bien administradas nuestras finanzas? ¿Qué se puede hacer para mejorar la situación?
- c) ¿Observamos tanto el derecho civil como el derecho canónico? ¿Se auditan legalmente nuestras cuentas?
- d) ¿Dependemos de donaciones y legados? ¿Esperamos recibirlos como un hecho que se da por sentado?
- e) ¿Es la propiedad privada un problema en mi monasterio? ¿Se han puesto realmente en común los ingresos? ¿Es común todo lo material?



7) El lugar del monasterio en la Iglesia local y en la sociedad

Desde que Abraham y Sara acogieron a los ángeles, considerados por los Padres como la Santísima Trinidad, la hospitalidad que ha sido central en la existencia del pueblo de Israel y en la vida de la Iglesia, está en el corazón de la vida monástica. San Benito expresa: “Que los huéspedes nunca falten en el monasterio”. Exige a la comunidad que ayude y apoye a los pobres de los alrededores y que acoja a los peregrinos que han venido de lejos. En la Edad Media, este simple acto de caridad suscitó la construcción de grandes hospederías, acogiendo a centenares de peregrinos y huéspedes; la creación de hospitales donde eran atendidos enfermos y moribundos; la fundación de escuelas de todo tipo, en las que se impartió la enseñanza de filosofía y teología, lógica y matemáticas, música, arte y agronomía. Hoy, lo que la mayoría de las comunidades pueden ofrecer al resto del mundo es por naturaleza más modesto y humilde, pero

importante. Muchos trabajan en el diálogo ecuménico y en el diálogo interreligioso. En un mundo lleno de ruido y estrés, los monasterios son oasis de silencio y de paz, lugares de oración y de reconciliación con Dios. Nunca subestimemos el poder del amor de Dios que toca el corazón de las personas que visitan nuestros monasterios, por pequeños o insignificantes que sean. Los monasterios están en el corazón de la Iglesia local; dan testimonio profético de la presencia y de la realidad de Dios en un mundo cada vez más secularizado.

La apertura de una comunidad monástica a la Iglesia local y a la sociedad en general puede adoptar diversas formas. Los monasterios han respondido siempre a las necesidades locales. Todos los monasterios tienen oblatos laicos o asociados. Algunos han organizado asociaciones de amigos y benefactores, que comparten más estrechamente la vida de la comunidad en el plano material y espiritual. Son un gran apoyo para nuestras comunidades. Actualmente hay interés por la Regla de San Benito, la vida comunitaria, las diferentes formas de oración en nuestras comunidades, el canto gregoriano, entre otros. Hay también profundas necesidades espirituales que no están siendo satisfechas por nuestra cultura actual. Las comunidades monásticas de tradición benedictina y cisterciense tienen mucho que ofrecer a un mundo sediento de Dios y de valores espirituales. No subestimemos la misión que Dios nos confía hoy.

Para san Benito, todas las cosas necesarias para la organización de la vida en comunidad deben encontrarse dentro del recinto del monasterio. Pide que los monjes que han salido de viaje, al regresar no cuenten nada a sus hermanos de lo que han visto u oído fuera. La realidad del mundo monástico es hoy muy diferente. En la era digital, con la rápida evolución de Internet, los teléfonos móviles, las *tablets*, los computadores, en la hora de los medios de comunicación,

es extremadamente difícil establecer la frontera, y aún más difícil poner en práctica una separación, entre los contactos necesarios y los innecesarios con el “mundo”. El mundo ha invadido el monasterio como nunca antes. Por lo tanto, a menos que seamos muy disciplinados, corremos el peligro de ver desaparecer nuestro silencio, soledad, paz y recogimiento. Podríamos decir que la plaza del mercado ha entrado en el claustro. Cuando personas acostumbradas a vivir “*online*” entran en la vida monástica, muchas comunidades no están preparadas para tratar con este nuevo fenómeno. Las comunidades monásticas necesitan encontrar la manera de adaptarse, no rechazando lo que es útil y bueno. La norma en el monasterio, debería ser el estudio y el trabajo, no la entretenimiento. Ahora bien, estos instrumentos, utilizados con sabiduría, pueden contribuir a la edificación de la vida común y resultar un beneficio inapreciable en la formación monástica y en las tareas administrativas.

Nuestros horarios monásticos deben garantizar tiempos generosos de silencio para dedicarse a la lectio, la oración personal y el estudio. Los momentos de recreo no deben utilizarse para ver televisión, sino que estar reservados a la conversación y al intercambio constructivo entre los miembros de la comunidad. Todos los aspectos de nuestra vida deben edificar la comunidad y expresar la comunión profunda entre sus miembros, sello de una sana vida monástica.

Posibles preguntas para el debate:

- a) Nuestra política sobre el uso de teléfonos móviles, *tablets*, computadoras e Internet ¿Protege adecuadamente de la invasión del mundo exterior?
- b) Nuestro monasterio ¿Está marcado por un espíritu de silencio y recogimiento?
- c) ¿Cómo mejorar la calidad de la recreación y el diálogo en la comunidad?
- d) ¿Cuál es la realidad del claustro hoy en mi comunidad?
- e) ¿Cómo mejorar la hospitalidad en nuestra comunidad? ¿Se acoge verdaderamente a los huéspedes como a Cristo?
- f) ¿Participamos plenamente en la vida de la Iglesia local? ¿Consideramos al obispo, al clero local y a los demás religiosos amigos de la comunidad?
- g) ¿En qué medida y de qué manera participamos en la asistencia a los pobres? ¿Podríamos hacer más?
- h) ¿En qué medida se integran nuestros oblatos o asociados, amigos y benefactores en la vida de la comunidad? ¿Los apreciamos en su justo valor?

Conclusión

Naturalmente, habría que examinar más a fondo otras áreas de la vida monástica y otros desafíos; algunos son específicos de nuestro tiempo, otros reaparecen de vez en cuando, otros están siempre presentes, señalados ya por san Benito. Cada comunidad o congregación deberá elaborar su propia agenda de discusión. Esperamos que los puntos planteados por la AIM puedan ser útiles como estímulo para la reflexión, el debate y la toma de decisiones.

